

BRICEÑO GUERRERO: LA PLENITUD PERDIDA EN SIETE TIEMPOS

Nelson Suárez

I

—Ich sprache Deutsche

—¡Nqu! ¿Y cómo hago pa'sabé que eso es alemán?. Esta es la anécdota que acierta presentarnos Briceño Guerrero cuando, después de veinte años en el exterior, decide regresar a Barquisimeto. Un vecino —tal vez uno de sus compañeros de juegos infantiles— le había preguntado si era verdad que

hablaba muchos idiomas. «De Freud para acá, todos sabemos que no hay chiste inocente. Después de leer *Amor y terror de las palabras*, sabemos que ése, en particular, no lo es». Nos lo advierte Manuel Caballero, ya que el sentido, digámoslo, trágico de esta anécdota graciosa revela una pulsión profunda en la existencia de nuestro autor. «Mi vida es un misterio infinito y ya es mucho aprender a sentirla como misterio», nos ha dicho Briceño Guerrero. Su vida la imaginamos como una existencia itinerante, arrastrando las incógnitas tras de sí. Itinerante es una palabra clave: la actividad de los pensadores del siglo XX está determinada por lo errátil, signo de la contemporaneidad. «Extraterritoriales», diría Steiner; «argonautas», sería el planteamiento más cercano de Mariano Picón Salas. Ahora ya podemos completar la idea: La vida como misterio errátil, la imposibilidad de darle significación adecuada y tranquilizadora.

La diáspora de los intelectuales es un signo del siglo. Paradójicamente nuestra cultura se vanagloria de ser la más liberal de toda la historia, a diario nos martillan sobre la libertad de pensamiento y de palabra, todavía algunos ideólogos de este moribundo y liberal fin de siglo señalan acusadoramente a los totalitarismos irracionales y—a partir de la *revolución rusa de 1991*— también nos indican su ineludible destino: el basurero de la historia. Sin embargo, la diáspora continúa. Luciano Pavarotti, Plácido Domingo o Zubin Metha en el Teresa Carreño no incomodan al *stabliment* venezolano. Pero la obra de un ensayista errabundo y rebelde altera la silente comodidad de las butacas de los venezolanos del primer mundo. El silencio es el castigo señalado, la no-lectura.

«Estoy dispuesto a ocupar un espacio minoritario por mis planteamientos, pero no rehuyo la polémica», ha señalado nuestro autor. Las «polémicas» no existen, no se han producido. La muelle y silente comodidad no se ha alterado. La arrogancia de la liberalidad postmoderna venezolana es no escuchar, siendo precisos, no leer. De ahí la diáspora de pensadores e

ideas, no sólo estarían los escritores e intelectuales fuera del país —estando dentro—, lo que es peor, las ideas, el precioso pensamiento, también estarían condenadas a estar fuera. Sabemos, por ejemplo, que la obra de Briceño Guerrero se conoce más en España que en nuestro país. Ahora, comencemos de nuevo: «*Ich sprache Deutsche*».

II

«La crítica es diálogo y tiene el interés en admitirlo abiertamente; encuentro de dos voces, la del autor y la del crítico, en el cual ninguna tiene privilegio sobre la otra». Esta comunicación que nos refiere Todorov en *Crítica de la Crítica* (1990), supone, entre autor y lector, una aventura del ser: la lectura como ontología. La búsqueda del ser del lector en el texto, de allí que lo planteado por Todorov, cruce de voces, es un *diálogo inter pares*. Pero en el caso de *Amor y terror de las palabras* es una conversación huidiza. Briceño Guerrero espejea con distintos perfiles de su obra, juega conscientemente a la multiplicidad alucinante.

Desde el prólogo del texto comenzamos el deambular. Briceño Guerrero presenta una «explicación» ante sí mismo: «Toda ficción es, en alguna medida, autobiográfica y toda autobiografía es, en gran medida, ficticia». Esta incursión nos muestra la dirección inicial del texto: es autobiografía y ficción porque una y otra, a pesar de ser distintas, se entremezclan incesantemente en el ensayo.

La dualidad autobiografía-ensayo se desliza sobre un discurso bifronte, narrativo y ensayístico o, más bien, ensayístico en condición narrativa. Este texto en *dramatis personae* eslabona la ficción y la reflexión en el ensayo y es un punto de alejamiento con el discurso académico tradicional. Briceño Guerrero confiesa que no desea escribir «ladrillos» que impiden

una verdadera comunicación con los lectores. «Por eso busqué escribir un libro que conversara con el lector. Que no hubiera diferencia entre la manera de decir lo que quería decir y el decurso de la investigación». Para este propósito nada más elocuente que la voz del autor, la narración es una primera persona fragmentada. Pendular del *ser en proceso* y no la refractaria imagen de un yo-sólido de los textos discursivos académicos, disimulados bajo las máscaras de una anodina tercera persona o bien un hipotético nosotros de cortesía. «*Je est un autre*», nos legó Rimbaud, afirmación que resquebrajó la firme textura del lenguaje literario occidental. La dialéctica de los yo y sus alteridades estructura al ensayo literario, siendo *Amor y terror de las palabras* un ejemplo sobresaliente.

Así, Briceño Guerrero frente a Briceño y a Guerrero, o frente a Guerrero y a Briceño o, tal vez, frente al tú desconocido que es parte de su yo. Así, Briceño Guerrero —o una imagen creada por la naturaleza del acto de leer— nos presenta en el Prólogo las ideas que germinarán a lo largo del texto.

III

En una entrevista, comentando la publicación de su ensayo, Briceño Guerrero nos señala lo siguiente:

«El libro toca temas que le pertenecen a la condición humana. Me liberé de esos libros sobre los problemas profundos de América Latina, para poder escribir mi último libro. Como si hubiera necesitado reflexionar antes sobre nuestros pueblos y nuestra condición latinoamericana, para poder acceder directamente al problema universalmente humano de ser palabra, pero no ser palabra sino estar estructurado de palabra. Y sin embargo, no ser palabra, sino conciencia vacía. Entonces pude desarrollar el libro».

Esta indicación del autor la consideramos determinante.

El recorrido de las reflexiones de Briceño Guerrero tienen dos direcciones que se juntan en el horizonte. Su primer libro, *América Latina en el mundo* (1966), constituyó el inicio de esa bifurcación reflexiva. Veamos el siguiente esquema:

América Latina en el mundo (1966)

- <i>El origen del lenguaje</i> (1970)	- <i>Identificación americana con la Europa segunda</i> (1977)
- <i>Amor y terror de las palabras</i> (1987)	- <i>Europa y América en el pensamiento mantuano</i> (1981)
	- <i>Discurso Salvaje</i> (1980)

En tensión con su obra ensayística, amplia y bifronte como ya dijimos, coexiste la narrativa de Briceño Guerrero: *Dóulos Oukóon* (1965), *Triandáfila* (1967) y *Holadios* (1984). Esta obra narrativa simbólicamente se edita con el seudónimo de Jonuel Brigué, anagrama de su verdadero nombre y máscara evidente de la alteridad del escritor. Decimos que su prosa de ficción está en permanente tensión con sus ensayos porque éstos median con la narración una voz singularísima: la múltiple resonancia de Briceño Guerrero. Discurso narrativo y ensayístico son las dos caras del mismo texto. Mimesis de Jano.

El deambular de Briceño Guerrero comienza con un texto sobre América Latina. Rafael Tomás Caldera, en un material inédito cuyo título es *Los dos verbos y la región intermedia*, reflexiona agudamente sobre *Amor y terror de las palabras*:

«Briceño se ha ocupado anteriormente del lenguaje en *América Latina en el mundo* (...) y luego en *El origen del lenguaje*. Si se puede decir que este libro continúa lo expuesto sobre el lenguaje en *América Latina en el mundo*, a su vez es completado por *Amor y terror de las palabras*... La otra vertiente de *América Latina en el*

mundo, la que atañe a la cuestión de nuestra cultura, es seguida por la Identificación americana con la Europa segunda... por Europa y América en el pensar mantuano... por una mimesis de lo que ocurre en la cabeza del criollo, por el Discurso salvaje...»

Las dos vertientes, por decirlo así, presentadas por Caldera y esquematizadas más arriba, constituyen el recorrido del pensamiento de Briceño Guerrero, el camino que fue de lo general a lo particular, del pensamiento colectivo a su empalabramiento personal. Tuvo que responder el *quiénes somos* y luego el *quién soy*. Nos dice que somos individuo/humanidad y la conciencia de esta situación es vital para nuestra definición como sujetos. «La humanidad, en efecto es el gran sujeto de los quehaceres y de la historia; los individuos somos sustentáculo transitorio de ese gran discurso». Sin embargo, el *quiénes somos* es insuficiente, se define el género pero no da respuestas de la especie. La exploración más íntima resulta imprescindible para Briceño Guerrero, aunque la respuesta resulte más inquietante que la pregunta misma.

En fin, los senderos ensayísticos de Briceño Guerrero confluyen en la respuesta inquietante que está detrás de *Amor y terror de las palabras*.

IV

No hay despiste, ni una simbología esotérica sólo percible por iniciados. No. En un primer nivel de lectura el título del libro nos orienta plenamente: amor y terror, goce y extrañamiento en el uso del lenguaje. En un libro anterior, *El origen del lenguaje*, algunos lectores inadvertidos pensarían que no se trata de una obra verdaderamente exhaustiva y científica. Briceño Guerrero explora todas las posibilidades teóricas que funden una respuesta clara sobre el lenguaje, mas no encuentra alguna que le sea satisfactoria. Goce y extrañamiento, fascinación y misterio,

amor y terror. Esta percepción binaria de las palabras es bisagra del texto de Briceño Guerrero, unidad que sólo la mimesis ficcional puede otorgar.

«Desde siempre la experiencia vivida en la palabra me pareció más real que el contacto directo con las cosas». * (todas las citadas son de la edición *Amor y terror de las palabras*, Caracas, editorial Mandorla, 1987, pág. 13). Nos informa desde el inicio nuestro *collocutor*, mostrando su aguda sensibilidad frente al lenguaje. «La palabra me pareció más real», esta afirmación es epicentro del vértigo de nuestro querido amigo, está consciente que las palabras y las cosas son manifestaciones diferentes de la naturaleza. La primera, las palabras, se producen en el hombre para dar cuenta de su entorno y de sí mismo. Palabras y cosas, según la argumentación del autor, devienen en dos verbos: el *explícito* y el *implícito*. «El verbo explícito, pronunciado, ordena y organiza todos los asuntos humanos. El verbo implícito organiza y gobierna las cosas. Es distinto del primero porque no se vocaliza». (p. 74). El hombre está condenado a permanecer en el verbo explícito, en un permanente afuera, en ser ciudadano de un extrañamiento como condición. Ya lo decíamos antes, lo errátil como signo de la plena contemporaneidad.

Steiner en *Presencias Reales* (1989), sostiene que fue Kant quien creó las bases del solopsismo y la duda de la sociedad moderna. Piensa Steiner que «la revolución kantiana llevaba dentro las semillas de una revisión y una crítica fundamentales de las relaciones entre la palabra y mundo. La localización lógica y psicológica de las percepciones básicas dentro de la razón hecha por Kant, su convicción de que la 'cosa en sí', la última realidad-sustancia 'allá afuera', no podía ser definida o demostrada analíticamente, por no decir articulada». Para decirlo en lenguaje de Briceño Guerrero, el hombre está en la condición de no poder franquear el etéreo puente que separa el *verbo implícito* de *verbo explícito*, nos quedamos en la condición permanente de *collocutor*.

La condición de *extraterritorial* de los pensadores modernos lo explica, de igual manera, Michel Foucault en *Las palabras y las cosas*; el crítico francés sostiene que esta situación tiene su desarrollo a partir de los simbolistas franceses del siglo XIX. «La gran tarea a la que se dedicó Mallarmé, hasta el fin de su vida, es la que nos domina ahora; en su balbuceo encierra todos nuestros esfuerzos actuales por devolver a la contricción de una unidad quizá imposible al ser dividido del lenguaje. A esta pregunta nietzscheana ¿quién habla? responde Mallarmé y no deja de retomar su respuesta al decir que quien habla, en su soledad, en su frágil vibración, en su nada, es la palabra misma...» Para Foucault la modernidad se inicia con la inquietante respuesta-acertijo mallarmeana: la palabra —y el hombre, único habitante de ese mundo— es quien da cuenta de las cosas. Sin embargo, sabemos las limitaciones de estas posibilidades, al decir de Kant no le es dado a la razón dar una «definición analítica» de la cosa en sí.

Las referencias que hemos realizado a Steiner, a Kant y Mallarmé demuestran la vigencia de las reflexiones de Briceño Guerrero, su absoluta contemporaneidad, «vivimos en la palabra» nos dice su voz, enfatizando de esta manera su pensador moderno. En los capítulos *Záyin* y *Tet* se indica las *debilidades de las palabras* (y, por ende, estas debilidades afecta a los condenados a habitar en ese mundo). Explica que las palabras son atraídas irremediamente por las cosas, pero no pueden asirlas a cabalidad. Estas debilidades del lenguaje son significativas para la comprensión del *verbo explícito*. Además, las palabras no se pueden concebir en absoluta libertad frente a su referente, de allí que sea presentada la *estadía extrema* en las palabras como una situación que pone en peligro al hombre. «Estar a solas con una palabra es locura. Estar a solas con una cosa sola es morir». (p. 68) Este pendular entre locura y muerte va a marcar la existencia de la humanidad pensante, la *existencia plena* del lenguaje en el hombre se vuelve doloroso, obligando a un retroceso a la grisácea cotidianidad salvadora (la región más

transparente), circunstancia transitoria porque la fascinación que producen las palabras nos empuja hacia la frontera desquiciante de lo poético.

En el texto *Los dos verbos y la región intermedia*, de Rafael Tomás Caldera, se elabora una posición salvadora del extrañamiento frente a lo real que poseen las ideas de Briceño Guerrero. Caldera presenta la solución a la aporía de **Amor y terror de las palabras**. Para este autor «lo trascendente, alcanzado de algún modo en el silencio, en un *no entender entendiendo* -según la expresión de Teresa de Avila—, es alcanzado desde el lenguaje». (13) La solución que ve es el *continuum* de la racionalidad occidental que con Kant comenzó a ponerse entre paréntesis. El discurso lógico tradicional de occidente explicó hasta la saciedad la objetividad de las ciencias positivas, incluso Augusto Comte poetizó acerca del espíritu positivo que caracterizaría a la edad moderna, aunque también sabemos que la historia le jugó una mala pasada.

El gran vacío que se percibe en el mundo moderno es producto de la conciencia que significan las grandes dificultades para nosotros, la inmensa tarea titánica que implica restablecer la *unidad del ser dividido del lenguaje*, para decirlo con la expresión del Michel Foucault. Este *trabajo de Dioses* es adelantado a diario por los intelectuales de nuestro mundo de hoy. Ampliar los límites de la frontera, angostar el puente que separa el verbo implícito, conocer las limitaciones de la estadía en ese mundo, pero establecer un reconocimiento de esta condición: «Estoy encarnado en la palabra, transido de palabra, empalabrado.»

V

En el texto se van urdiendo personajes símbolos del extrañamiento que conforma la modernidad. Son personajes

que están *fuera*, no funcionan en la abúlica cotidianidad del espacio infantil creado.

En primer lugar, las circunstancias de su *alter ego* infantil lo van alejando del ritmo habitual de su entorno. Sus preferencias consisten en la indagación obsesiva acerca de las palabras, deteniéndose en el umbral peligroso de la locura o la muerte. Este niño va construyendo, cual pequeño arquitecto, su espacio de reflexividad, ese mundo de palabras lo va empujando lentamente a acciones inusuales que lo convierten en un pequeño *outsider*. Sólo la intervención del maestro, sus enseñanzas de las lenguas clásicas y la actitud solidaria frente a su búsqueda lo restablecen a la región más transparente.

Otro personaje simbólico es la bruja, quien vive en las afueras del pueblo. «Era delgada, larga y seca. Su risa se parecía al cacareo de las gallinas. Recidía en la cocina en donde siempre estaba preparando algún conocimiento. Tenía toda clase de ramas colgadas de los travesaños del techo. Miraba de lado con ojos muy brillantes y amorosos.» (p. 87) Su nombre es Doña Sofía, a quien el pueblo mantenía y respetaba. Para nuestro collocutor la «profesión» de brujo es una vía de acercarse directamente al verbo implícito, a las cosas. «Su verdadero secreto de poder están en saber los nombres verdaderos de las cosas». (p. 97) El conocimiento intuitivo que se necesita para ello le permite acceder a un lenguaje muy especial. «El brujo aprende a hablar la lengua de los vientos y de las aguas. Aprende sólo a entender la lengua de la tierra. Y aprende a oír, sin hablar y sin entender, la lengua del fuego, aprende a recibirla sin quemarse». (p. 88) Al brujo le está permitido entrar a las cosas mismas sin el terror de la muerte. Por la hermosa descripción del lenguaje de los brujos los concebimos como seres especiales, los sabemos poseedores del «secreto poder»: la permanencia en el verbo implícito, el poder abandonar la condenante ciudadanía de la región más transparente. Pero este don significa

un ostracismo permanente para los brujos, y de Doña Sofía. Ellos representan la otredad y su sola existencia profundiza los vacíos de la vida de los hombres. Por eso viven al margen, en las afueras, sus acciones son imaginadas en situaciones repulsivas, manifestándose una permanente tensión hacia ellos, pretendiéndose tacharlos y restituir el orden-caos cotidiano.

Briceño Guerrero nos presenta a un tercer personaje: el políglota. Nuestro infante, en un momento especial de su vida, conoce a un científico extranjero —«un hombre rubio que tenía una lupa colgada del cuello»—, este encuentro le permite descubrir una profesión salvadora, la de intérprete o traductor. «Tal profesión me liberaría de todo compromiso personal con los significados y me pondría en una relación lateral con las palabras». (p. 101) Para cualquiera cuyo centro vital sean las palabras y su significación, esta «relación lateral» le permitiría mantenerse a distancia, dar un paso atrás al borde del precipicio. Pero la salvación tiene sus consecuencias, sus sacrificios, Briceño Guerrero concibe al políglota —y obviamente a sí mismo— igual que al brujo, un ser extraño, habitante también de las afueras de la sociedad. Esta actividad profesional le obligó a auto-extrañarse de su pueblo y transitar los caminos solitarios de la diáspora de los escritores modernos. Veamos como presenta este acontecimiento interior:

«Llegué a ser el mejor intérprete simultáneo en el mayor número de idiomas... pero debo decir también que tuvo su martirio: en primer lugar, me apartó de mi pueblo, donde no había espacio para ello, y me llevó a grandes ciudades extranjeras donde no había magnolias, y a grandes asambleas donde nunca brilló el lucero de la tarde que es el mismo de la mañana. En segundo lugar, todo políglota es, de alguna manera, un monstruo; como tal inspira respeto temeroso o risa burlona, y cuesta acostumbrarse a ser espantajo ridículo». (p. 103).

En el año de 1987, en una entrevista que la periodista Elizabeth Araujo, de *El Nacional*, le hiciera a Briceño Guerrero, éste afirmaba que «muy al contrario a como lo plantea la psicología, porque ellos hablan de la adquisición del lenguaje por parte del niño, mientras que yo planteo la adquisición del niño por parte del lenguaje». El niño mantiene una relación con la realidad distinta al adulto: percibe las cosas «desde dentro de ellas mismas». El niño siempre se le ha concebido como un adulto trunco. Para Briceño Guerrero la niñez, esencialmente en su fase no-verbal, es el símbolo de la *plenitud*, de la libertad que significa relacionarse directamente con las cosas sin estar aprisionado en la palabra. La *mirada del adulto* inherente al racionalismo occidental no ha permitido entender al niño, nos lo presentan como adulto en potencia. En una hermosa imagen para expresar sus ideas. Briceño Guerrero nos dice que *el niño es el grano*. Más adelante nos la amplía al escribir que «el grano no es solamente una parte de la mata que puede reproducirla; el grano es lo importante, la plenitud de la mata». (p. 92) Vemos que el niño-grano no es una fase del adulto-mata, el niño es la plenitud del adulto, del ser humano; plenitud que se pierde por incorporarnos al lenguaje, por «encarnarse de palabras». En este contexto se multiplica la significación de la frase de la entrevista, es más podríamos reinventarla: *el lenguaje aprisiona al niño, volviéndolo lentamente adulto*.

La visión del niño que se nos presenta en *Amor y terror de las palabras* es de un ser incompleto, pero no por las razones que lo concibe la tradición —por ser proyecto de adulto—, sino, por el contrario, por dejar de ser niño, por dejarse atrapar por la silente madeja de la adultez. El niño-grano al crecer se degrada, «el niño decae, degenera al crecer y madurar para convertirse en servidor caricaturesco e inconsciente de la plenitud que perdió... se cree llegada y es decadencia, retorno al humus por podredumbre o por fuego.» (p. 92) Visto así el silencio del niño

no es carencia del lenguaje, es acceso directo a las cosas. El niño y el brujo son presentados como «adultos que se han vuelto adultos sin dejar de ser niños», rompen la prisión kantiana para llegar al centro de la «cosa en sí». *El niño-brujo no explica, no palabrea*. Vive y accede a la plenitud transitando el arcoiris de lo intuitivo. Es un verdadero *no entender entendiendo*, al decir de Teresa de Avila, pero desde el espacio no-verbal de la infancia más lejana.

VII

Sostiene Brian Fawcett, escritor canadiense, al analizar a la sociedad actual establece que se requiere «una literatura hipermoderna. Una (con) fusión de las formas narrativas es, así espero, la señal de que esa literatura está surgiendo.» Textos aleatorios, híbridos, novelas que se apoyan en discursos no literarios (hasta ahora), intertextualidad, ensayos proteicos cuyo desenfado formal les han dado realce y espacio, en fin, confluencias de voces que espejean al ser múltiple del hombre moderno, incluso del postmodernista o del hipermodernista. Desde su prólogo *Amor y terror de las palabras* nos muestra ese afán lúdico del autor. Lúdico en el sentido que Savater le atribuye al ensayo: «queda así caracterizado desde lo azaroso y lo lúdico: su sentido no ha de residir en el descubrimiento trascendental que inventa un nuevo aspecto de la realidad, sino en la humilde y entusiasta (o malintencionada) tarea de desnudar el tejido de algunos de esos descubrimientos y trenzar sus cabos juguetonamente, o dejarlos definitivamente sueltos».

Briceño Guerrero va creando un mundo en donde es más importante señalar que explicar, fascinación en lugar de comprensión. Su texto no pretende soluciones salvadoras. Sólo en el espacio del lenguaje, de la palabra, se libra la fatigante labor de la búsqueda del sentido. Está consciente de las limitaciones del lenguaje, de la prisión de las palabras. Ha explorado las si-

tuaciones extremas del ser palabra: encontró locura y muerte. Pero la palabra lo fascina más allá de cualquiera racionalidad tranquilizadora. Amor y terror, cruce de sentimientos, cruce de voces aleatorias: he ahí su deseo y el goce, el amor y el terror de las palabras, deambular hacia la plenitud perdida.

